

A VECES EL AMOR SE ESCONDE EN EL PASADO QUE QUIERES DEJAR ATRÁS

MAI M. MORENO



ENTRE LÍNEAS

FANDOM BOOKS

**ENTRE
LÍNEAS**

1.ª edición: abril de 2026

© Mai M. Moreno, 2026

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler

Ilustración de cubierta: Celia Mallada, 2026

ISBN: 978-84-19831-59-0

Depósito legal: M-3623-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MAI M. MORENO

**ENTRE
LÍNEAS**

FANDOM BOOKS

*Para quienes saben que a veces perderse
es la única forma de encontrarse.*

*Y para Carmen, por ser la fan número uno de Dan
y nunca dejar de creer en mí.*

«La música expresa aquello que no puede decirse
con palabras pero no puede permanecer
en silencio.»

VICTOR HUGO

«I had the time of my life fighting dragons
with you.»

Long Live, TAYLOR SWIFT

1

El reencuentro

DANIEL

—Dan, que te estoy hablando.

La voz de James se alza por encima de la música, cerca de mi oído. No puedo evitar sobresaltarme porque, para sorpresa de nadie, no le estaba prestando atención.

—¿Qué has dicho?

—Que Beth está guapísima, ¿no crees?

—Ah, sí. Está mona.

James asiente con efusividad y comenta algo acerca de lo bien que le sienta ese vestido blanco. Yo le doy la razón, aunque no recuerdo haber visto a la chica en toda la noche.

Mi mejor amigo me pasa un botellín de cerveza y me lo llevo a los labios para darle un trago. Me prometo que esta es la última; luego tengo que conducir hasta casa.

Nunca he sido demasiado fan de las fiestas; no son lo mío. No es nada personal. De hecho, durante un rato incluso llego a pasarlo bien. Me gusta la música, saludar a la gente y bailar, pero, tras un par de horas, tengo el cerebro tan sobreestimulado que no sé dónde meterme.

James sigue hablándome, pero para cuando me he terminado la cerveza apenas he escuchado dos frases al respecto: «Estoy hasta los cojones de esta canción de Bad Bunny» y «¿Esa no es Hannah?».

Lo más probable es que no hayan ido una seguida de la otra, por supuesto. De todos modos, después de la segunda me he perdido por completo; me he puesto a mirar alrededor para

comprobar si esa persona a la que James ha visto es, efectivamente, Hannah. Y no es ningún secreto que soy incapaz de hacer dos cosas a la vez.

A Hannah, por otro lado, no me cuesta nada reconocerla en cuanto la veo. Da igual cuánto tiempo haya pasado, es inconfundible. Lo primero que me llama la atención es que se ha teñido el flequillo de morado, así como algunos mechones de los que le enmarcan la cara. El resto de su pelo sigue siendo del mismo negro de siempre, liso y hasta la mitad de la espalda.

Esto último debe de ser lo único que no ha cambiado en todos estos años. Por lo demás, lleva botines, medias de rejilla y un vestido corto de tirantes con cuadrillos negros y grises que acompaña cada uno de sus movimientos. Se mece de un lado a otro despreocupada, y la veo dar pequeños saltitos junto a sus amigas y cantar a pleno pulmón, como si estuviese a solas y el mundo entero fuera su pista de baile personal.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvimos en la misma sala?

Baila a unos metros de donde estamos, en la otra punta del salón de Beth (que no es precisamente pequeño). Parece que se lo está pasando genial y no debe de haberse dado cuenta de que estamos aquí, así que me dirijo hacia ella para saludarla.

Antes de poder dar dos pasos, sin embargo, James me agarra de la camisa.

—¿A dónde crees que vas?

—¡A decirle hola! —exclamo, intentando hacerme oír sobre una música que está demasiado alta para mi gusto—. ¿Vienes?

—¡Ni de coña! ¡Y tú tampoco! ¿No ves que pasa de nuestro culo?

—Creo que no nos ha visto.

—Sí lo ha hecho; antes nos ha mirado.

—Puede que le haya dado vergüenza acercarse o...

Los ojos verdes de James me piden que no ponga más excusas, y sé que en el fondo lleva razón: si Hannah no se ha acercado, es porque no quiere hablar con nosotros.

El pinchazo de decepción que me atraviesa el pecho no tiene sentido a estas alturas. Fue mi mejor amiga hasta que cumplimos los trece. Ahora, cuatro años más tarde, ni siquiera nos dirige una segunda mirada.

Aun así, no acercarme a saludarla requiere de toda mi fuerza de voluntad.

—¿Estás bien? —me pregunta James—. ¿Quieres salir?

Meneo la cabeza, dejándolo con la duda de a cuál de las dos preguntas estoy respondiendo. Me revuelvo el pelo rubiojusto cuando un *mix* más electrónico de *Something Just Like This*, de Coldplay y The Chainsmokers, comienza a sonar por los altavoces. James canturrea y menea la cabeza de arriba abajo, marcando el ritmo a descompás.

Lleva el pelo rapado a los lados, pero lo bastante largo en la parte de arriba como para recogerse un moñito, que ahora se balancea por sus movimientos. Está convencidísimo de que le queda genial. Ni su madre ni yo estamos del todo de acuerdo, pero mientras le haga feliz, supongo que allá él.

Me burlo de su inexistente sentido del ritmo e intento olvidar que Hannah está ahí, al igual que ella ha decidido ignorar nuestra presencia. Dejarme llevar por la música siempre ayuda, aunque la prefiera un poco menos estridente. Ni James ni yo somos particularmente buenos bailando, pero cuando la canción rompe no dudamos en saltar y hacer el tonto juntos, lo cual se nos da bastante mejor. Así que, aunque las fiestas no sean lo mío, consigo pasarlo bien.

Bailamos durante un buen rato, en el que me acabo una cerveza que, se suponía, no me iba a tomar. Y, entre saltos y risas, no es difícil olvidar todo lo demás.

Algo más tarde, cuando el bochorno del salón comienza a ser insoportable, le digo a James que voy al baño. Él responde algo parecido a que estará aquí o quizás a que irá a hablar con Beth. La verdad es que no me entero.

Me abro paso entre la gente hasta estar lejos del bullicio del salón y la cocina. Es la primera vez que estoy en casa de Beth

—y eso que hace años que vamos a la misma clase—, pero encuentro unas escaleras y asumo que, si hay un baño en la segunda planta, a estas horas estará más limpio que el de abajo.

Subiendo los escalones me doy cuenta de que he debido de beber más de lo que planeaba, porque siento el suelo inestable y el cuerpo me pesa más de lo normal. Me agarro de la barandilla hasta llegar arriba, donde la música suena más lejana y las luces brillan menos. Suspiro, y todos mis saturados sentidos agradecen el respiro.

Las puertas están cerradas, pero no soy el único aquí arriba. Un grupito pequeño de gente está sentado en la escalera, y, un poco más alejadas, una chica rubia con el pelo por los hombros besa a otra con un moño pelirrojo deshecho. Camino por el pasillo en busca del baño y, justo cuando voy a abrir una puerta al azar, alguien choca conmigo por detrás. Estoy a punto de perder el equilibrio, pero me recompongo justo a tiempo de mantener la dignidad.

—¡Ay, perdón! —exclama una voz que hace que el corazón me dé un vuelco incluso antes de ver de quién se trata—. ¡No te había visto!

Me giro y veo cómo la expresión de la chica de rasgos asiáticos que tengo delante cambia: pasa de la preocupación por haber golpeado a un extraño a la sorpresa de haber chocado *conmigo*.

—Hannah —digo, y su nombre suena familiar en mis labios—. Hola.

—¿Daniel? Vaya, cuánto tiempo. ¿Qué haces aquí?

—Busco el baño. —Sonrío, y el gris de sus ojos hace que el pulso se me acelere. Han pasado años desde la última vez que Hannah estuvo frente a mí—. ¿Sabes dónde está?

—Creo que es esa puerta —señala la del fondo del pasillo—. Bueno, voy a bajar, que me están esperando. Nos vemos.

Se gira para bajar las escaleras y pienso a toda prisa en algo más que decir. Cuatro años sin hablar y nuestra primera conversación consiste en cruzar dos frases acerca de dónde está el baño. Genial. Por lo general, tengo la mala costumbre de abrir la boca

antes de pensar, pero, justo ahora que quiero decir *algo* que alargue este momento unos segundos más, me quedo totalmente en blanco.

—¿Y cómo te va en...?

—Oye, tú eres el chico de los tiktoks, ¿no? —me interrumpe otra voz femenina que hace que Hannah se detenga antes de bajar el primer escalón.

Por primera vez me fijo en que no iba sola. A su lado, una chica alta de piel tostada y cabello ondulado me mira con sus grandes ojos almendrados, esperando mi respuesta. En su rostro se dibuja una mezcla de curiosidad y emoción.

—Eh... ¿Supongo? —respondo, cohibido.

Hannah frunce el ceño con cara de no saber de qué hablamos. No, claro que no lo sabe. No le importa nada que tenga que ver conmigo.

—¡Buah! ¡Cantas genial! Te sigo casi desde que empezaste, desde que subiste ese *cover*, el de... —chasquea un par de veces los dedos en un intento de que se le venga el nombre a la cabeza—. El que hiciste justo después de cantar con tu hermana. Era una canción de Harry Styles, pero no recuerdo si *Matilda* o *Little Freak*.

Me pongo rojo hasta las orejas, pero intento disimularlo con una risa.

—¡Qué memoria! Yo ni siquiera me acuerdo de qué he desayunado esta mañana.

—Es que he visto tus vídeos muchas veces. —Se pasa un mechón de pelo tras la oreja, extiende la mano en mi dirección y le correspondo el gesto—. Soy Kylie, por cierto.

—Dan, encantado.

Kylie nos mira a Hannah y a mí alternativamente antes de hablar:

—¿Y de qué os conocéis?

Hannah, que todavía parece muy perdida en cuanto a por qué su amiga me ha saludado con tanto entusiasmo, se acerca un poco más a nosotros.

—Del colegio —explica ella, sin darle mayor importancia—. Íbamos a la misma clase.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza. Ese escueto «del colegio» hace que me dé cuenta, todavía más, de que para Hannah ya tan solo soy alguien que iba a clase con ella. Que nuestra amistad ha quedado relegada por completo a un recuerdo del pasado. Por algún motivo, sus palabras me sientan peor de lo que deberían.

—¡Qué fuerte! ¡Vaya coincidencia!

Kylie parece a punto de decir algo más, pero de pronto me siento tan incómodo con la conversación que soy yo quien tiene ganas de irse. Tendría que haberle hecho caso a James, que me lo ha repetido hasta la saciedad: a Hannah ya no le importamos. Les dedico una sonrisa amable antes de excusarme:

—Y tanto. Bueno, voy al baño. Hasta luego.

Cruzo una última mirada con Hannah y, cuando sus ojos rasgados se encuentran con los míos, doy media vuelta y me encamino al baño.

Paso como diez minutos sentado sobre la tapa del váter, mirando Instagram y haciendo tiempo; no me apetece volver a bajar.

A lo largo de estos años, he perdido la cuenta de cuántas veces me he preguntado cómo sería encontrarme de nuevo con Hannah, que me mirase y hablar con ella aunque fueran quince minutos. En mi cabeza, la conversación siempre era muy sincera, y ella acababa por admitir que también me echaba de menos.

Nada podría distar más de cómo ha sido la realidad, ahora que nos hemos visto. Como de costumbre, James tenía razón. Debería escucharlo más a menudo.

Alguien llama a la puerta del baño con insistencia una segunda vez. Aunque no respondo, sí tiro de la cisterna para fingir que estoy aquí por algún motivo más que esconderme del resto de la fiesta y, sobre todo, de Hannah. Salgo y bajo las escaleras más que dispuesto a pedirle a James que nos vayamos a casa. Es casi la una y media de la madrugada, ya va siendo hora.

Busco a mi amigo entre la gente y no tardo en encontrarlo en la cocina, hablando con Beth. Beth es la razón por la que estamos aquí, una chica de nuestra clase por la que James está coladísimo desde hace meses. Ella está sentada sobre la encimera, con el pelo afro recogido en un moño alto. Lleva un vestido blanco que contrasta con el marrón oscuro de su piel, y balancea las piernas regordetas mientras gesticula con las manos para enfatizar algo que no escucho. Él la mira embelesado y ambos empiezan a reírse.

No quiero cortarle el rollo a mi amigo, así que decido volver por donde he venido. Antes de poder hacerlo, Beth se percata de mi presencia y me saluda con la mano, haciendo que James se fije también en mí. Luego, ella hace un gesto para que me acerque.

—¡Beth! ¡Feliz cumpleaños!

—¡Muchas gracias! —Me da un abrazo sin levantarse de donde está—. ¿Qué tal el verano?

—Bien, aunque demasiado corto —le respondo—. ¿Y el tuyo?

—El verano siempre es demasiado corto. —Se ríe—. Pero tampoco puedo quejarme, porque he estado de viaje con mi familia. En el fondo, ya me apetece volver a la rutina, sobre todo ahora que es el último año.

Le dedico una sonrisa a Beth. Queda poco más de una semana y media para empezar de nuevo las clases, y el último año de instituto se me antoja tan amenazante como si me lanzaran en medio del océano sin bote ni salvavidas. Y este curso no es lo peor; lo peor es lo que viene luego, porque no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida.

Algo frustrado de pronto, me aparto unos mechones que se me han ido a la cara. El pelo me ha crecido bastante en estos meses, pero entre una cosa y otra he olvidado ir a la peluquería. No está demasiado largo, pero el flequillo se me mete en los ojos de vez en cuando y me molesta.

James se ha ofrecido a cortármelo, pero no pienso cometer el error de dejar que me acerque la maquinilla a la cabeza; se

sentiría demasiado tentado de llevar a cabo alguna masacre capital como la que se ha hecho a sí mismo. Ni de coña, vaya.

Me fijo de nuevo en el cabello de James. Algunos pelos se le han soltado del moño, aunque no parece haberse dado cuenta. Voy a decirle que se peine, pero entonces me doy cuenta de que me están mirando los dos.

—¿Pasa algo?

—Que si queréis veniros con mis amigas —repite Beth con amabilidad, al ver que no la estaba escuchando—. En un rato se tienen que ir, pero mientras, podemos estar todos juntos. ¡Así las conocéis!

—Ah, yo es que me voy ya. Estoy cansado.

—¿Qué dices? —protesta James—. Todavía no puedes irte, tío. Va, aún es temprano. Nos quedamos un rato con sus amigas y después nos vamos.

—Tú puedes quedarte, no tienes que...

James alza ambas cejas y sus ojos me ruegan que lo haga por él. Estoy seguro de que no me necesita para ligar con Beth, pero al final resoplo y asiento.

—Pero solo un rato.

Mi amigo cierra un puño en señal de victoria y sonrío. Beth, por su parte, se baja de la encimera de un saltito y se coloca bien el vestido, que le cae por las voluminosas caderas. Luego, se encamina hacia el salón en busca de sus amigas y nosotros la seguimos.

A pesar de la expresión triunfante de James, no puedo apartar la sensación de que debería haberme marchado a casa.

Así que, por si acaso, cojo otra cerveza antes de salir de la cocina.

2

Una propuesta inesperada

DANIEL

Para encontrar a las amigas de Beth, nos toca abrirnos paso entre gente que baila muy pegada, da saltitos o se lía con otra bajo las brillantes luces.

Atravesamos el salón hasta la otra punta, donde la música retumba con más fuerza por la cercanía a los altavoces. Del techo cuelga un proyector que emite destellos de colores como en las discotecas, uno de esos que parpadean y que, lejos de proporcionarme esa adrenalina para la que están diseñados, me dificultan aún más el mantener la concentración.

—¡Estas son! —exclama Beth, inclinándose hacia nosotros.

En cuanto miramos en la dirección que señala, noto cómo James se tensa tanto como yo, pero en su caso es porque no quiere ver a Hannah ni en pintura. Todavía está enfadado con ella por habernos dado de lado sin ninguna explicación en cuanto se fue a otro instituto.

«Íbamos a la misma clase», ha dicho antes. Y ya está, supongo que eso es todo lo que ahora nos une: el recuerdo de habernos sentado en mesas cercanas. Como si no hubiese sido muchísimo más.

Tanto Hannah como Kylie parecen sorprendidas de vernos allí; la primera se queda seria, mientras que la segunda esboza una sonrisa que le ilumina la cara. Están con una tercera chica, de media melena rubia y brillantes ojos azules. Creo que es la

misma a la que he visto arriba liándose con la pelirroja, aunque el rojo rojísimo de sus labios está tan intacto que puede que esté equivocado.

Esta última es la primera en hablar:

—¡Beth! ¿Dónde te habías metido?

—¡Saludaba a unos compañeros de clase! Chicos, estas son Hannah, Kylie y Phoebe —las señala a medida que pronuncia sus nombres—, y ellos son Daniel y James.

A modo de saludo esbozo una sonrisa que me queda un poco tensa, mientras que James se limita a fruncir el ceño en dirección a Hannah.

—¿«Compañeros de clase»? —La pregunta de Kylie va acompañada de cierta intencionalidad que no logro entender del todo, pero Beth se limita a asentir con su naturalidad de siempre.

—¿Queréis algo? —ofrece Phoebe, que levanta una botella de ginebra y otra de vodka de las que había en la cocina y de las que se ha debido de adueñar en algún momento. Al lado del sofá, en el suelo, hay un par de botellas de refresco, aunque están casi vacías.

Mi amigo asiente y la chica nos llena dos vasos altos de plástico. Le muestro la cerveza que he cogido antes de salir de la cocina, pero ella se levanta y me la quita de las manos. «Esto está mejor, confía en mí», me dice, tendiéndome el vaso. No debería porque ya he bebido bastante, pero lo acepto igual. James se sienta a hablar con Beth en el extremo del sofá más alejado de Hannah, no sin antes lanzarle una mala mirada.

Kylie da un par de palmaditas sobre el sofá para que me sienta con ella. Al principio quiero negarme, porque de verdad tengo ganas de irme, pero tampoco me apetece quedarme aquí de pie como un idiota.

—¡Nos hemos vuelto a encontrar! —La chica sonrío en cuanto me pongo a su lado—. ¡Debe de ser el destino!

Le devuelvo el gesto.

—Eso parece. ¿De qué conocéis a Beth?

—¡Íbamos juntas a natación hace unos años! Una vez la invité a mi cumple, conoció a mis amigas del instituto y se hizo parte del grupo. Es supersimpática.

—Lo es, Beth se lleva bien con todo el mundo.

Kylie se ríe, coqueta, y se pasa de nuevo un mechón de pelo tras la oreja. No me había dado cuenta hasta ahora, pero, por su forma de moverse, creo que está borracha. Aunque quizás la razón por la que no lo he notado antes es porque yo también lo estoy.

Bebo del vaso que me ha dado Phoebe y el alcohol hace que me arda la garganta. Arrugo la nariz; la copa está demasiado cargada.

Kylie me habla de algo relacionado con su instituto, o quizás sea sobre sus clases de natación. Quiero prestarle atención porque parece muy agradable, pero la vista se me va continuamente hacia la chica que está a su lado, charlando con Phoebe. Ambas se ríen y, de nuevo, Hannah ni siquiera me dedica dos miradas seguidas.

Escucho un carraspeo y me doy cuenta de que Kylie me observa, expectante.

—Perdona, no te he oído. —Me llevo un dedo a la oreja para culpar de mi despiste al volumen de la música.

—No te preocupes, te preguntaba si...

Los altavoces emiten un corto chasquido justo al cambiar la canción. La siguiente que suena la he escuchado tantas veces y por todas partes este verano que he terminado por cogerle manía. El aparato falla durante otro segundo, con un nuevo chasquido que solo parece molestarme a mí.

Mierda. He vuelto a no escuchar a Kylie.

Tener déficit de atención es muy divertido (pista: no), sobre todo cuando se le suma la hiperactividad y me hace parecer tonto cada, más o menos, tres segundos.

Empiezo a sentirme cada vez más disperso, pero como me da vergüenza pedirle que me repita de nuevo lo que ha dicho, me limito a sonreír y a esperar que eso sea suficiente. Al parecer lo es, porque se le ilumina la cara más todavía.

Kylie se pone de pie y me tira del brazo para que la imite. Cuando me levanto, el suelo se tambalea unos segundos bajo mis pies mientras ella empieza a moverse al ritmo de la música.

«Te preguntaba si quieres bailar». Eso ha sido lo que ha dicho, claro. Y de pronto me suena que ha ido seguido de un muy entusiasta «me encanta esta canción». Así que decido ser consecuente con mi sonrisa-respuesta y bailo con ella.

Hago lo posible para que no se note que me estoy agobiando y que lo que de verdad quiero es largarme, pero es complicado ahora que estamos tan cerca de uno de los altavoces. Debe de estar rompiéndose, porque de vez en cuando emite un desagradable chasquido que siento como un arañazo en el cerebro y que me pone los nervios de punta.

La música es demasiado estridente y me retumba en el pecho. Las luces azules, rojas y verdes colorean el rostro de Kylie, cambiando en cada parpadeo. Ella mueve las caderas, cada vez más pegada a mí. No pierde el tiempo: me pasa las manos por la nuca y sonrío, acercándose más a mi cara. Creo que es cuestión de tiempo que me bese, o quizás espera a que sea yo quien dé el paso.

Sin embargo, hay tantos estímulos requiriendo mi atención al mismo tiempo que tengo la cabeza aturullada, y cuando el agobio se suma al mareo del alcohol, todo empieza a ser *demasiado*.

Necesito que me dé el aire.

—Ahora vengo —me excuso y, sin esperar la respuesta de Kylie, me voy de allí con el corazón laténdome con fuerza contra la caja torácica. Me cuesta abrirme paso entre la gente que se amontona en la entrada del salón y el pasillo, y a cada segundo que pasa estoy más seguro de que voy a vomitar.

Salgo de la casa y cojo una bocanada de aire. Paso entre dos chicos sentados en los escalones de la puerta principal y cruzo la calle. Una arcada me hace doblarme sobre mí mismo, sujeto a una farola, pero no llego a vomitar. Aun así, la sensación es tan angustiante que tarda unos minutos en desaparecer. Cuando me

siento en el bordillo, tengo los ojos llenos de lágrimas y la espalda cubierta en sudores fríos.

Me paso las manos por la cara. Poco a poco, la saliva deja de amargarme y las náuseas se calman. No puedo culpar del todo al alcohol —que también—, sino que a veces el cerebro se me satura tanto que mi cuerpo reacciona de la forma más exagerada y dramática que encuentra; entonces necesito unos minutos para vaciar mi cabeza de tanto estímulo.

Es algo de familia, creo, porque a papá y a Carol también les pasa. Aunque sé que les ocurre menos que a mí, y que mi hermana mayor se ha librado de la hiperactividad.

Cojo aire y lo suelto varias veces hasta que me encuentro mejor. La brisa nocturna en la espalda húmeda me provoca un escalofrío. Desde aquí, la música se oye distante y amortiguada por las paredes.

Escondo la cabeza entre las manos, sintiéndome ridículo por haber salido corriendo de esa manera. El mareo se me ha pasado un poco, pero el simple pensamiento de entrar hace que se me ponga mal cuerpo de nuevo.

Resoplo. Quiero irme a casa.

—Oye, ¿estás bien?

Alzo la cabeza y me encuentro a Hannah, con un vaso de plástico en la mano, mirándome desde arriba con esos ojos rasgados que parecen un mar de plata fundida. Me obligo a dedicarle media sonrisa y asentir.

—Solo necesitaba un poco de aire.

—Toma —me tiende el vaso—. Es agua.

No puedo esconder mi gesto de sorpresa, pero lo acepto y me lo bebo del tirón. Está fresquita, y mi garganta irritada lo agradece.

Creía que había dejado el salón con más o menos disimulo, pero, por otro lado, resulta casi natural que Hannah entienda por qué he tenido que irme corriendo sin necesidad de palabras. Esto no es nuevo, a pesar de que con la mayoría de personas trate de disimularlo.

—No quiero volver —digo no sé por qué, si tampoco me lo ha preguntado—; me voy a ir a casa.

Hannah se sienta a mi lado en el bordillo y se abraza las rodillas.

—¿Quieres que avise a James? Le puedo decir que salga.

Niego con la cabeza sin mirarla. James parecía muy a gusto hablando con Beth, y me voy a sentir el doble de mal si encima le estropeo el momento.

—No hace falta, me puedo ir solo. He traído el coche de mi padre.

—Se supone que no hay que conducir si bebes, ¿no lo has oído?

—Voy bien —digo. Luego pienso en lo mareado que estoy y clavo la vista en el asfalto—. No sé, a lo mejor pido un taxi. ¿Y tú?, ¿qué haces aquí fuera?

—También quería tomar el aire. —Hannah hace una pausa en la que apoya la mejilla en una de sus rodillas, mirándome de lado. Los mechones teñidos le enmarcan la cara y no puedo evitar pensar en lo guapa que está. Ahora que la tengo más cerca, puedo fijarme mejor en lo bien que le sientan los labios pintados en morado y la sombra de ojos con purpurina—. ¿Quieres que te lleve a casa? Solo me he bebido una cerveza, y ha sido al llegar.

Pestaño un par de veces, sorprendido. Por su gesto, creo que he estado mirándola más rato de la cuenta.

—¿Por qué?

—¿«Por qué» qué?

—¿Por qué te estás ofreciendo a llevarme a casa?

—Ah, no sé. —Se encoge de hombros—. A ti te vendría bien, y a mí me apetece salir un poco de aquí.

Me revuelvo el pelo y miro la casa frente a nosotros: la habitación al otro lado de la ventana cambia de color continuamente, y casi puedo sentir cómo la música retumba en las paredes. Son ya las dos de la mañana y estoy muy muy cansado.

—¿Podemos ir en mi coche? —pregunto.

—¿Quieres que conduzca tu coche?

—Bueno, es el de mi padre, pero es que lo va a necesitar mañana.

En cuanto lo digo, me siento más irresponsable todavía por haber bebido más de la cuenta. Dios, vaya desastre de noche. Si es que soy idiota.

Aun así, Hannah se encoge de hombros de nuevo y asiente con la cabeza.

—Vale, vamos.

La nostalgia huele a sábanas limpias

HANNAH

Daniel se tambalea un poco al ponerse en pie, y lo imito antes de echarnos a andar hacia donde dice que está su coche. La casa de Beth está a las afueras de Hawthorn Bay, por eso la calle está prácticamente vacía a estas horas de la noche, apenas iluminada por el resplandor de unas cuantas farolas.

El eco de la música se atenúa a medida que nos alejamos de la casa. Al girar una esquina, el aire frío me hace estremecer y me frote un poco los brazos para recuperar algo de calor. Estamos ya a finales de verano, y aunque durante el día aún hace buena temperatura, por el oeste de Inglaterra ya refresca cuando el sol comienza a caer.

—¿Tienes frío? —pregunta Daniel.

—Un poco.

Parece dudar durante un par de segundos, pero se detiene a quitarse la chaqueta y me la ofrece.

—¿Qué haces? No hace falta.

Sigue tendiéndome la chaqueta y alza las cejas, a la espera de que la coja.

—Yo no tengo frío, cógela.

Otro escalofrío me recorre la espalda y acepto tras un escueto «gracias». Agarro la chaqueta vaquera y me la pongo. El interior, que aún guarda el recuerdo de su calor corporal, es muy agradable. Me queda bastante grande, pero no digo nada al respecto.

El coche del padre de Daniel es un Opel Corsa gris que, a pesar de tener ya unos cuantos años y salvo por un tenue arañazo en la parte delantera, está como nuevo.

—¿Me pasas las llaves? —le pregunto.

—Están en el bolsillo.

Metó ambas manos en los bolsillos y rozo el metal con los dedos. Una vez abro, nos sentamos dentro, el uno junto al otro. Introduzco la llave en la ranura y enciendo el contacto. Se me hace raro conducir un coche que no sea el de mi madre, así que no puedo evitar que la tensión se me acumule en los hombros.

Lo primero que hace Daniel es poner la calefacción para que entremos en calor. Lo agradezco porque, incluso con la chaqueta, tengo las manos heladas.

—¿Estás listo?

Él asiente con más entusiasmo de la cuenta, pero en el último momento parece darse cuenta de algo.

—Espera —dice, muy serio—. No puedes llevarme a mi casa.

—¿Por qué no?

—¿Cómo te vas a ir luego a la tuya?

Se me escapa una risa. Aunque lo ha negado antes, está más borracho de lo que él mismo piensa. No es que sea de mi incumbencia lo que Daniel Hudson haga o deje de hacer a estas alturas, pero me alegro de que no se le haya ocurrido irse solo.

Arranco y salgo del aparcamiento marcha atrás, mirando por los retrovisores para asegurarme de que no le doy a ningún coche.

—Tendré que quedarme a dormir contigo.

Daniel se alarma al instante.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído. Duermo en el suelo y por la mañana salgo por la ventana, como cuando éramos pequeños.

No contesta. Lo miro de reojo un momento y veo el gesto de preocupación aún más marcado en su rostro. Está valorando el plan como si lo hubiera dicho en serio, y a mí me cuesta aguantarme la risa.

—Es una broma —le explico—. Te acerco y doy un paseo hasta casa.

—Ni de coña; no puedes ir andando sola. Es muy tarde, y esa zona está fatal iluminada.

—No te agobies, anda. Ni que fuera la primera vez que camino de noche por Hawthorn.

De su casa a la mía no hay más de quince minutos a pie, he hecho el trayecto las suficientes veces como para saberlo. Además, el paseo me vendrá bien, aunque eso no se lo digo. Ha sido una noche muy larga, y quiero despejarme. Las cosas no han ido del todo bien, aunque parece evidente si se tiene en cuenta que he preferido llevar a casa a un chico borracho con el que llevo años sin hablar a quedarme con mis amigas. No es así como esperaba que acabase el día, desde luego.

—No, no, no —dice, meneando la cabeza—. Mira, vamos hasta tu casa y conduzco yo desde ahí, ¿vale? Serán solo cinco minutos, y ya estoy mejor.

—Ya, olvídalo. Eso no va a pasar —niego con rotundidad—. No quiero muertes sobre mi conciencia; te llevo hasta la puerta.

Empieza a jugar con un anillo de esos que dan vueltas y que lleva en el índice y a mover la pierna de arriba abajo, tal y como hace siempre que está nervioso.

Es curioso que sepa *ese* tipo de cosas. Es decir, no sé cómo le va en el instituto, cuánto hace que se sacó el carné de conducir ni si está saliendo con alguien. Y, desde luego, no tengo ni idea de a qué venía eso que hablaba con Kylie acerca de unos vídeos.

En cambio, sí que sé otras, como que se rompió la muñeca izquierda a los siete años saltando de un tobogán, que la comida favorita de su hermana mayor son los espaguetis al pesto y que a los diez preparó un PowerPoint para convencer a sus padres de que *necesitaban* adoptar un perro a pesar de ser alérgico (spoiler: no funcionó).

Pongo el intermitente antes de girar a la derecha y pasamos por un parque. En él, un grupo de unos quince chavales hace botellón con la música a todo volumen.

—No me importa que duermas en el suelo —añade Daniel, y me doy cuenta de que lleva todo este rato dándole vueltas—, pero mis padres no te pueden ver.

Me río.

—Te he dicho que era broma; no voy a dormir en tu casa.

—Ni que fuera la primera vez.

Me encojo de hombros.

—Aun así.

—Pero no puedes volver tú sola. —Resopla frustrado y sube una pierna al asiento sin pensar en que lleva los zapatos puestos. Está tan preocupado que resulta hasta tierno.

Daniel vive también en las afueras de Hawthorn, solo que en el otro extremo de donde lo hace Beth. Mi casa no está muy lejos de la suya, pero es verdad que no me encanta la idea de atravesar el parque donde están todos los borrachos de fiesta.

—Pues decidido —me rindo—: fiesta de pijamas por los viejos tiempos.

Él asiente conforme, y parece que le han quitado un peso de encima al ver que no voy a irme andando.

Meneo la cabeza con cara de «no tienes remedio, Daniel». Por unos momentos, siento que no ha pasado ni un segundo desde que éramos unos críos que hacían los deberes a toda prisa para pasar el resto de la tarde jugando al Mario Kart en casa de James.

Y odio la forma en la que el corazón se me llena de nostalgia.

Una vez frente a su casa, aparco y detengo el motor. En cuanto lo hago, siento cómo el cuerpo se me relaja. Dentro de la ciudad no me importa tanto conducir, pero aun así sigue poniéndome tensa.

Daniel se asoma por la ventana, imagino que asegurándose de que tanto la luz del salón como la del dormitorio de sus padres estén apagadas. Cuando comprueba que es así, ambos salimos del coche.

El contraste de temperatura hace que me encoja dentro de la chaqueta, pero a él no parece molestarle el frío. Cruzamos la

calle y el jardín delantero. Vive con su padre y su madre en una casita suburbana de dos plantas y paredes color crema en la que, de pequeña, solía pasar más tiempo que en mi propio hogar.

Ya en la puerta, rebusca las llaves en el pantalón y se le pone cara de susto al creer que las ha perdido. Las saco yo del bolsillo de la chaqueta y se las paso para que abra.

Pasamos al interior. El recibidor está oscuro, tan tranquilo que incluso desde aquí puedo oír los ronquidos de su padre, lo cual siempre es buena señal cuando te estás colando a hurtadillas en una casa.

Subo las escaleras por detrás de Daniel, que va casi de puntillas, intentando no hacer ruido. Cada sonido nos hace parecer elefantes en una cacharrería y no puedo evitar sentir que su madre se asomará de un momento a otro por la puerta del dormitorio.

Al llegar al último escalón, él se tropieza y lo sujeto antes de que se dé una hostia con el suelo. Luego, me mira y se le escapa una risita. Yo me llevo un dedo a los labios para que se calle. Asiente, muy serio, y termina de subir hasta llegar a su habitación.

Cada vez estoy más segura de que la culpa de esto la tiene Phoebe, porque siempre le parece divertidísimo preparar las copas de los demás bien cargadas.

Cierro la puerta detrás de mí y miro alrededor: las paredes pintadas de celeste con un montón de pósteres de grupos de música, el escritorio algo desordenado, la ropa amontonada en una silla y una guitarra guardada en su funda que se apoya en una esquina del cuarto, junto al armario. También hay un poto verde, una crema para el dolor muscular que también tiene mi madre en casa y un teclado con un banquito delante.

Ni siquiera sabía que tocaba el piano.

—Puedo dejarte algo de ropa para que estés más cómoda —susurra.

Se dirige al armario y saca una camiseta verde de mangas cortas y unos pantalones grises de chándal que me deja sobre la cama. Luego, anuncia que irá al baño y sale del cuarto con su

propio pijama entre las manos. Al cambiarme, compruebo que la ropa me queda anchísima y parezco un saco de patatas.

¿En qué momento ha crecido tanto?

Tiro una manta y un par de cojines al suelo, preguntándome por qué he accedido a esto. Me siento sobre ellos y les escribo un mensaje a las chicas para contarles que he tenido que irme a casa. ¿Se habrá acordado Daniel de avisar a James de que se iba?

Vuelve con un pijama que consiste en una camiseta negra de algodón y unos pantalones largos a cuadros amarillos y negros. Apaga la luz del techo, dejando tan solo el anaranjado brillo de la lámpara de la mesita de noche. Después, se sienta en el colchón.

—Me sabe fatal dormir en la cama y que tú estés en el suelo.

—No voy a quitarte la cama, Daniel.

—Pero tú me has traído a casa...

Suspiro y meneo la cabeza una vez más. Estoy dispuesta a ignorarlo y tumbarme a intentar dormir encima de la moqueta, pero entonces se pone muy recto y baja de la cama, arrodillándose en el suelo frente a mí.

—Mira, mira. Vamos a hacer una cosa —dice, muy convencido de haber tenido una idea estupenda. Alza una mano y me observa con atención, como si estuviese a punto de explicar algo muy complicado—. Tú eres la invitada, así que deberías dormir en la cama. Y yo duermo en el suelo, que para eso soy el... *¿invitador?*

Intento aguantarme la risa. Dios, qué tonto es.

—«Anfitrión» —le corrijo.

Él chasquea los dedos y me señala, como si hubiese tenido la palabra en la punta de la lengua y yo fuera un genio por haberla adivinado.

—Eso, eso.

—Soy yo quien ha propuesto lo de dormir en el suelo. Ven-ga, no te rayes más, ¿quieres? Vamos a dormir.

Lo agarro de los codos y me levanto, invitándolo a imitarme. En cambio, lo que hace es sujetarme de los brazos y hacer un puchero.

—Pero es que vas a estar incómoda.

—¿Siempre te preocupas tanto por todo el mundo cuando vas borracho? —suspiro resignada, dejándome caer de nuevo al suelo.

—No —dice él con rotundidad. Luego, inclina un poco la cabeza—. Bueno, no lo sé. A lo mejor sí. Es que no quiero cagarla, Hannah.

—¿A qué te refieres?

—A que llevamos cuatro años sin hablar, y no quiero hacer las cosas mal otra vez.

Ese «otra vez» se me clava bien adentro. La luz anaranjada se refleja en sus ojos castaños, de pronto llenos de preocupación y tristeza. Quiero decirle que él no es el problema; nunca lo fue. Pero implicaría que se formularan más preguntas que no quiero contestar.

De pronto, Daniel está muy cerca de mí, pero creo que ni siquiera se está dando cuenta de ello. Solo me mira como si esperara una respuesta, o como si quisiera observarme con más atención, no estoy segura. El aliento le huele a alcohol, algo cubierto por la menta de la pasta de dientes.

Esa cercanía repentina me pone nerviosa, así que me echo para atrás.

—Venga, está bien. Duermo yo en la cama, ¿vale?

Él asiente con efusividad y sonrío. No se iba a dar por satisfecho hasta que no accediera a su propuesta, así que me pongo de pie y subo al colchón. Me acomodo entre las mantas mullidas, dándole la espalda, y suspiro. Estar aquí tiene tan poco sentido que me resulta casi irreal.

Daniel apaga la luz. Al principio, ninguno de los dos dice nada más, y tan solo llenan la habitación nuestras respiraciones desacompañadas, casi contenidas.

—Buenas noches, Hannah —termina por decir, y aun sin mirarlo sé que se está moviendo para encontrar una postura cómoda—. Que descanses.

Cuatro años atrás, mi nombre en sus labios habría sido algo completamente normal. Ahora, en cambio, sus palabras hacen

que el pecho se me inunde de un pasado al que no quiero volver, al igual que lo hace el estar en esa habitación, y la intensidad con la que el olor de su suavizante de toda la vida está impregnado en la ropa que llevo y las sábanas que me rodean.

Ha pasado mucho mucho tiempo.

—Buenas noches, Daniel.

Y aunque pronto su respiración se ralentiza, yo aún tardo un buen rato en quedarme dormida.